

OCTUBRE 2014

ESCRITOS

RELIGIÓN Y GUERRA

Escrito dominical, el 5 de octubre

Con relativa frecuencia leo, oigo y veo en los medios de comunicación social afirmaciones semejantes a ésta: La religión es la causa mayor y el origen de guerras y violencias, en el pasado y en el presente. Falta matización en estas palabras. Sin duda que ha habido guerras por diferencias religiosas o entre grupos religiosos. Constantemente se alude a ellas. Pero un análisis más profundo permite ver otros componentes que dieron lugar a esa beligerancia. Es curioso cómo matizamos cuando se refiere a lo nuestro y, por el contrario, no lo hacemos cuando se trata de culpar a los otros. Muchas guerras “de religión” son más bien guerras políticas bajo capa de razón de fe. ¿Qué estado de pureza religiosa tenía en Europa de los siglos XV, XVI y XVII la famosa expresión “cuius regio, eius religio”?

En cualquier caso, a estas alturas de la historia humana, ¿podemos admitir que en los conflictos actualmente en activo hay únicamente razones religiosas por las que cristianos, musulmanes y otros grupos religiosos o étnicos son perseguidos o son antagonistas? ¿Qué tiene de religioso los crímenes y persecuciones del mal llamado “Régimen Islámico” en Irak y Siria? ¿Sólo hay una razón religiosa en el enfrentamiento entre diferentes grupos en Libia, Ucrania, India, o en la Franja de Gaza? Es, más bien, una fragante falta de respeto de los derechos humanos, entre los que destaca la libertad religiosa y de pensamiento. No encontramos en estos conflictos respeto alguno a la dignidad del hombre, ni esfuerzo por el bien común, aunque se diga que hay un componente religioso. Este es un tiempo en el que, por parte de grupos extremistas, se desnaturaliza el auténtico sentido religioso y en el que las diferencias entre las diversas confesiones se distorsionan e instrumentalizan, haciendo de ellas un factor peligroso de conflicto y violencia, en vez de una ocasión de diálogo abierto y respetuoso y de reflexión común sobre el significado de creer en Dios y seguir su ley.

“Que nadie piense que puede escudarse en Dios cuando proyecta y realiza actos de violencia y abusos. Que nadie tome la religión como pretexto para las propias acciones contrarias a la dignidad del hombre y sus derechos fundamentales, en primer lugar el de la vida y el de la libertad religiosa de todos”. Son palabras rotundas del Papa Francisco pronunciadas en Tirana (Albania) el 21 de septiembre pasado, en un país que recobró la libertad frente a un régimen de ateísmo constitucional y que goza ahora de una convivencia pacífica y fructífera entre personas y comunidades que pertenecen a diferentes religiones. Esta convivencia no sólo es deseable, sino posible y realizable de modo concreto.

Para ello es importante esforzarse para que el crecimiento y el desarrollo estén a disposición de todos y no sólo de una parte de la población. He aquí un verdadero origen de guerras y conflictos, junto con el extremismo que no es religioso, sino político o una manera de entender la fe religiosa. “Cuando, en nombre de una ideología, se quiere expulsar a Dios de la sociedad, se acaba por adorar a ídolos, y enseguida el hombre se pierde, su dignidad es pisoteada, sus derechos violados”. De nuevo cito al Papa en su encuentro con líderes de otras religiones y otras denominaciones cristianas. La verdadera libertad religiosa huye de la intolerancia y del sectarismo: la religión auténtica es fuente de paz y no de violencia. Es muy interesante lo que dice Su Santidad en ese discurso en Tirana sobre dos actitudes para la promoción de la libertad religiosa: ver en cada hombre y mujer no a rivales, y menos aún a enemigos, sino a hermanos y a hermanas; y el compromiso en favor del bien común.

Evidentemente, sin embargo, no se puede dialogar si no se parte de la propia identidad: todo no es relativo. Sin identidad no puede haber diálogo. Sería un diálogo fantasma. “Cada uno – dice el Papa- parte de su identidad, pero sin fingir que tiene otra, porque así no vale y no ayuda, y es relativismo. Lo que nos une es el camino de la vida, es la buena voluntad de partir de la propia identidad para hacer el bien a los hermanos. Hacer el bien. Y así, como hermanos, caminamos juntos (...) lo más importante y hermoso es caminar juntos sin traicionar la propia identidad, sin ocultarla, sin hipocresía...”. San Francisco interceda para conseguir esta paz y buenas relaciones entre comunidades humanas, también las religiosas.

LA ALEGRÍA DE SER MISIONERO (I)

Escrito dominical, el 12 de octubre

“Son vidas de película. Salen de su país, recorren miles de kilómetros; ejercen de profesores, administradores, médicos, psicólogos, relaciones públicas, transportistas, promotores inmobiliarios, defensores de los trabajadores, padres adoptivos, mediadores de conflictos... Remunerar su labor sería imposible, pues no tienen precio. Pero las guerras <y las enfermedades>, que no hacen distinción, muchas veces les atrapa a ellos también. Cuando se plantea la disyuntiva de quedarse o volver a casa, ellos se quedan, pase lo que pase...” (Solapa de un libro reciente: Cuando todos se van, ellos se quedan). ¡Qué ciertas son estas palabras referidas a los más de 13.000 misioneros españoles! Las pueden ustedes verificar. Yo lo he comprobado en muchas ocasiones. Doy fe y les tengo envidia y admiración.

¿Qué importancia tiene el DOMUND para la vida de la Iglesia? Ante todo es una Jornada con una insistencia fuerte misionera, como queremos que sea el mes de octubre y aún todo el año. Se trata de la necesidad de la misión ad gentes, sobre todo en países como España de larga tradición cristiana, es decir, donde ser cristiano no parece una cosa novedosa, pues apenas nos diferenciamos de otros ciudadanos ya que, por ejemplo, aceptamos leyes de abortos como si no fuera con nosotros. Pero entiendo que es un día también en el que hay que orar para que Jesucristo sea conocido, cuidar y preocuparse por nuestros misioneros y sus comunidades. Es un día para ayudar económicamente, pero no con unas “perrillas”, sino con algo más, generosamente, como el Señor nos pide.

¿Por qué digo esto? Porque en general al mundo occidental en el que estamos no le interesa mucho la evangelización, aunque sea sensible a la ayuda social a tantas gentes que viven en los países llamados de misión. ¿Y dónde no ha de estar la Iglesia “en salida hacia la periferias”, como gusta decir el Papa Francisco? Pero sin duda es importante que se oiga en esta sociedad que los católicos hablamos de nuestra fe, de Jesucristo, y que apreciamos la actividad eclesial de la “misiones”. ¿Cómo van a conocer que nos importa el Señor y la fe, si no hablamos de ella con entusiasmo?

¿Cómo no van a sentir nuestros misioneros esa alegría que comporta ser precisamente misioneros, cuando se encuentran con los más pobres y más agradecidos al recibir la riqueza que es Cristo? Nuestro planeta está intercomunicado y, si en algunas partes de él hay pobreza extrema, no nos quepa duda de que es, en gran parte, porque los poderosos de este mundo no saben de justicia distributiva y han privado a muchos países del acceso al mercado o han esquilado sus materias primas, sus riquezas, compradas a muy bajo precio, para enriquecerse ellos. ¿Todavía desconocen ustedes que la evangelización y la misión de la Iglesia comprende también la promoción y atención a las necesidades básicas de los pueblos y comunidades? Debemos desterrar ya un cierto dualismo, que no se sostiene, al separar radicalmente realidades naturales y espirituales, como si la misión fuera únicamente “espiritual”. Sabemos distinguir, por supuesto, entre la gracia de Dios y las tareas que nosotros llevamos a cabo por nuestras fuerzas. Pero si el Hijo de Dios se encarnó, ¿no tiene cualquier realidad humana cabida en la salvación que Jesús ofrece a la humanidad?

Os digo, hermanos, que en los llamados territorios de misión no se dan los problemas un tanto ficticios que acontecen entre nosotros, que en realidad son problemas de países ricos: el clericalismo, el sacerdocio de la mujer como un derecho, la ideología de género, el aborto y un largo etcétera. El misionero va al día y confía en el Señor, porque existen cosas que son de cada día: acercarse al más pobre, evangelizar de manera toral, esforzarse por conseguir sobrevivir ante situaciones límite. Pero, a la vez, los misioneros, en todo este mundo desheredado, trabajan con alegría en la superación de situaciones increíblemente adversas. Será que confían en Jesucristo. Sin duda.

LA ALEGRÍA DE SER MISIONERO (II)

Escrito dominical, el 19 de octubre

“Hoy en día todavía hay mucha gente que no conoce a Jesucristo”. Con esta afirmación tan rotunda el Papa Francisco comienza su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones. Nos dice, pues que es urgente la misión o las misiones; pero no está sólo pensando en esas personas excepcionales que son los misioneros, sino en todos los que formamos la Iglesia. Ahora bien, el Papa quiere que esta Jornada sea celebración de gracia y de alegría. Es lógico, pues se trata de

vivir nuestro ser de cristiano: ser apóstol, hablar de Jesucristo como lo más grande que nos ha ocurrido en la vida. Es la alegría que Jesucristo nos anuncia: “¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron” (Lc. 10,23-24).

La misión de anunciar, a los ojos de Jesús, es la alegría. ¿No habéis experimentado esta experiencia gozosa? Os faltaría algo crucial. Es una alegría diferente y superior a la que aquellos discípulos primeros de Jesús habían experimentado antes de ser enviados por Él. No es la alegría de tener poder o dinero: es experimentar el amor de Dios hacia todos, hacia los más pobres; y algunos son tan pobres que sólo tienen dinero o éxito aparente, o un nivel de vida, que pensamos que no se acabará nunca. Jesús, nos dice el evangelista, “se llenó de alegría en el Espíritu Santo”. Es que esta alegría muchas veces está escondida a los sabios y entendidos, a los que están demasiado llenos de sí mismos. “Sí, Padre, así te ha parecido bien” (Lc. 10,21).

Se trata, en realidad de Buena Nueva que conduce a la salvación; la que experimentó María al llevar a Jesús en su vientre; la que sintió también al visitar a Isabel. Claro, hermanos, “El Padre es la fuente de la alegría. El Hijo, su manifestación, y el Espíritu Santo, su animador”, nos dice el Papa, que también había dicho: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (La alegría del Evangelio, 1).

Sin experimentar la alegría de encontrarse con Jesucristo, enriqueciéndonos Él con su persona, yo pienso que no es posible ni la renovación que buscamos en la Iglesia, en las parroquias para salir a ofrecer el Evangelio, ni vibrar con Jesús a acercarse a los más pobres: nos quedamos parados, haciendo lo de siempre, rodeados de incapacidad y de infertilidad. “¿Por qué no entramos también nosotros en este río de alegría de Jesús?”, se pregunta el Papa. “El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada” (La alegría del Evangelio, 2).

Es muy seria esta advertencia del Santo Padre, ya que afecta a conseguir la felicidad o no, a la orientación de nuestra vida, a tener lleno o vacío el corazón. Los discípulos de Jesús somos aquellos que nos dejamos llenar del amor de Cristo y marcar por el fuego de la pasión por el Reino de Dios, para ser portadores de la alegría del Evangelio. La alegría de comunicar a Jesucristo se convierte así en una preocupación por anunciarlo en las periferias lejanas y cercanas, la de nuestro territorio, donde también hay pobres que esperan, o la de territorios lejanos.

Pero no olvidemos que la alegría del Evangelio nace del encuentro con Cristo y del compartir con los pobres. Si no hay vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, es porque no hay tampoco fieles laicos con un fervor apostólico contagioso, por lo que les falta entusiasmo y no despiertan ningún atractivo. “¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!”, grita el Papa (La alegría del Evangelio, 83). Tal vez es que hemos olvidado en la práctica lo que dice san Pablo: “Dios ama al que da con alegría” (2 Cor. 9,7).

LA FAMILIA EN UN SÍNODO

Escrito dominical, el 26 de octubre

El domingo 19 de octubre terminaron los trabajos del Sínodo de Obispos dedicado a la Familia. Ha sido una asamblea extraordinaria y con vistas al Sínodo ordinario que tendrá lugar en octubre de 2015 y dedicado al mismo tema: la familia. Entendemos perfectamente la importancia de este trabajo del Sínodo de Obispos. Éste no es un Concilio ecuménico, al que el Papa puede convocar a todos los obispos y que acontece en pocas ocasiones. El último, como ustedes saben, fue el Concilio Vaticano II (1962-1965). Un Sínodo de Obispos en asamblea ordinaria o extraordinaria reúne a menos obispos de todo el mundo y sobre un tema concreto.

Pienso que el deseo del Papa Francisco es claro: la familia, institución natural fundamental para la sociedad, necesita una atención muy pormenorizada. Por muchas razones. Una de ellas es que en la familia están en juego cuestiones vitales para esposos e hijos en educación, transmisión de la fe, aprendizaje a vivir en una sociedad en relación con otras personas, y luego estabilidad de los cónyuges a la hora de la construcción del hogar, etc. Hay también una lucha sorda en contra de la familia cristiana, que yo me niego a aceptar que se la llame “familia tradicional”, no porque tenga nada en contra del adjetivo “tradicional”, sino porque llamar así a

la familia cristiana normal, con sus fallos, con sus luchas, es una vieja táctica marxista que busca un objetivo claro: atacar el modelo de familia, basada en la realidad de las cosas y en la visión que la Revelación de Dios en la Tradición eclesial tiene del matrimonio que para los bautizados es sacramento.

Esto lo sabe bien el Papa Francisco. Ya sé que él desea también que, como comunidad eclesial, nos preocupemos de familias en dificultades y entremos en contacto con la realidad de cada día y las consecuencias de divorcios y separaciones, situación de los hijos en estas circunstancias; también de cómo entrar en contacto con personas del mismo sexo unidas afectivamente, que la ley española dice que son matrimonios. Es decir, que nos preocupen estos hermanos, como en realidad ya estamos haciendo en tantas ocasiones en los trabajos y acciones de la Delegación de Familia y vida y en tantos y tantos acercamientos desconocidos por el gran público. Otra cosa es el tratamiento que el tema “familia y Sínodo” es descrito por los medios, utilizando tantas veces la fantasía e intentando enfrentar a los miembros de la Iglesia entre “progresistas” y “conservadores”, a la hora de posibles soluciones de los conflictos y situaciones de determinadas parejas. Y tenemos que ser perspicaces en todo este asunto.

Mi consejo es que vayamos a lo esencial, lo fundamental: podemos decir algo sobre el amor esponsal de Jesús con la Iglesia y con toda la humanidad. Es un amor fiel, es perseverante y es fecundo. “La fidelidad –afirma el Papa Francisco- es precisamente el ser del amor de Jesús. Y el amor de Jesús a su Iglesia es fiel”. Es necesaria, pues la perseverancia en el amor, en los buenos momentos y en los momentos difíciles, cuando hay problemas con los hijos, cuando hay problema económicos. También en estas circunstancias “el amor persevera, sigue adelante, tratando de resolver las cosas para salvar la familia”. Ese rasgo de fidelidad de la familia y, sobre todo, de la familia cristiana, es lo que podemos ofrecer a una sociedad que rompe los pactos de todo tipo: políticos, sociales, de amistad; también piensa que puede romper los pactos nupciales “cuando falta el amor”. Pero al hacerlo, no faltan las consecuencias nefastas, en la mayoría de los casos.